

El libro de la sombra

El descenso y el vuelo son sensaciones idénticas en todo, salvo en el detalle final. Recordémoslo al ver a esos enamorados de su propia caída.



El momento definitorio en la vida de un hombre llega cuando se mira al espejo y encuentra a su padre mirándole desde ahí; sin embargo, hay un día aún más terrible del que raramente se habla: cuando se mira desnudo frente a un espejo de cuerpo completo y entonces lo que ve es a su *madre...*



Todo lo que se mueve es fantasmal.



Esta mañana estaba terriblemente constreñido: no es

una situación en la que, por fortuna, me encuentre con frecuencia –pero *por Dios...* tres cuartos de hora después, con mis antebrazos contra las paredes como Sansón, intentando conseguir un poco más de poder... Cuando finalmente llegó la resolución, súbita y con cierta violencia, tuve la convicción de que había expulsado alguna glándula u órgano vital.

Dios sabe que una raza menos pudorosa haría estatuas municipales que honraran las gestas heroicas llevadas a cabo en el inodoro. Por ahora, mi cinturón cierra fácil y yo me siento más liviano, más cercano al cielo. Habiendo hecho mi ofrenda votiva a la gravedad, la gravedad se relaja un poco. ¿Por qué nunca se pusieron estos momentos entre las horas canónicas? Seguro, durante ellos, somos más aire y fuego que nunca.



Un abismo perfectamente humano:
–En ese entonces te sentía tan cerca...
–¿De veras?



De la misma manera que la lengua no puede saborear la sal si lo único que prueba es sal, todo estimulante saturará ciertas sinapsis hasta que cesen de funcionar en el cerebro. Asimismo el cuerpo del amante lentamente deviene *desensualizado* debido a la familiaridad. Sin los constantes movimientos sacádicos, el ojo devendría ciego: ve gracias a la discontinuidad. Tan pronto como tenemos otro amante, sus formas en nuestras manos, otras formas descansando